

PRIMERA PARTE



¡Qué gran paso es para un joven disponer por primera vez de vivienda independiente! Creo que nunca en la vida me sentí tan satisfecho y orgulloso como cuando a los diecisiete años me establecí en un cuartito triangular situado encima de una pastelería en Eltham, la capital de condado. Mi padre me había dejado aquella misma tarde, después de impartir con vehemencia una serie de normas básicas para que me guiaran en aquella nueva etapa vital que iniciaba. Iba a trabajar como asistente para el ingeniero encargado de construir el pequeño ramal del ferrocarril entre Eltham y Hornby. Era mi padre quien me había conseguido el puesto, que me colocaba algo por encima de su propia categoría, o más bien de la clase en la que había nacido y crecido, pues de año en año no paraba de aumentar su consideración y respeto entre los hombres. Mecánico de profesión, poseía cierto genio para la inventiva y una perseverancia notable, por lo que había concebido

varias mejoras de valor para la maquinaria ferroviaria. No obstante, no era algo que hiciera por lucro, aunque, como era de justicia, aceptaba lo que de forma natural le aportara; él desarrollaba sus ideas porque, como decía, no dejaban de atosigarlo día y noche hasta que les daba forma. Pero basta de hablar de mi querido padre; digamos tan solo que para un país es bueno que haya muchos como él. Era miembro fiel de la Iglesia independiente, por tradición familiar y convicción personal; y eso fue, creo, lo que hizo que eligiera instalarme encima de aquella pastelería. El establecimiento lo regentaban las dos hermanas del pastor de nuestra localidad, lo que, según él, funcionaría como una especie de salvaguarda de mi moral si me dejaba llevar por las tentaciones de la capital, con un salario de treinta libras al año.

Mi padre se había tomado dos valiosos días libres y se había puesto el traje de domingo para llevarme hasta Eltham y acompañarme primero a la oficina, para presentarme a mi nuevo patrón (quien le debía algunos favores por una sugerencia que él le había hecho), y, después, para visitar al pastor de la

pequeña congregación independiente de la ciudad. Entonces me dejó y, aunque triste por su marcha, empecé a saborear con delectación el placer de ser mi propio dueño. Abrí la cesta que mi madre me había dado y olfateé los tarros de conservas con todo el deleite de quien podría disfrutar de su contenido en cuanto quisiera. Cogí y sopesé mentalmente el jamón curado en casa, que parecía prometer interminables festines, y, sobre todo, me regalé en la exquisita dulzura de saber que podría comerme aquellas delicias cuando me pareciera, a mi sola voluntad, sin depender del capricho de otro, por indulgente que fuera. Guardé mis provisiones en el pequeño armario esquinero; el cuarto entero estaba lleno de esquinas, por lo que todo se situaba en una: la chimenea, la ventana, el armario; solo yo parecía estar en el centro, y apenas quedaba sitio para mí. La mesa estaba formada por una hoja abatible bajo la ventana, que daba a la plaza del mercado; así, los estudios que habían llevado a mi padre a pagar más por un cuarto de estar adicional, anejo al dormitorio, corrían el grave riesgo de desviarse de los libros a los viandantes. Haría las comidas principales con

las dos ancianas señoritas Dawson en el saloncito situado detrás de la tienda triangular de la planta baja; al menos el desayuno y la comida, puesto que, como mis horarios por la tarde con certeza iban a ser más intempestivos, tomaría el té o la cena por mi cuenta.

Después, una vez pasado el momento de orgullo y satisfacción, me sentí desolado. Nunca había estado lejos de casa y era hijo único; y, aunque mi padre era de los que decían que «la letra con sangre entra», de forma inconsciente me tenía un gran cariño y me trataba con mayor ternura de la que creía o de la que habría considerado apropiada de haberse dado cuenta. Mi madre, que jamás había sido estricta, era mucho más severa que mi padre: puede que mis chiquilladas la molestaran más porque, ahora que lo escribo, recuerdo cómo me defendió una vez, ya adolescente, tras haber ofendido de verdad el sentido de la justicia de mi padre.

Pero todo esto no viene al caso. Es de la prima Phillis de quien quiero hablar, y por ahora ni siquiera he dicho quién era.

Los primeros meses tras mi establecimiento en

Eltham, el nuevo trabajo —y la nueva independencia— ocuparon todos mis pensamientos. Me sentaba al escritorio a las ocho, volvía a casa a comer a la una y a las dos estaba de vuelta en la oficina. El trabajo de la tarde era más imprevisible; podía ser igual que por la mañana o quizá tuviera que acompañar al señor Holdsworth, el ingeniero jefe, a algún punto de la línea entre Eltham y Hornby. Era algo de lo que siempre disfrutaba por el cambio de aires, por la zona que atravesábamos (que era agreste y bonita) y porque lo hacía con un hombre a quien mi mente juvenil idolatraba. El señor Holdsworth tendría unos veinticinco años y su posición social estaba por encima de la mía, tanto por nacimiento como por educación; había viajado por el Continente y llevaba bigote y patillas según la moda extranjera. Me enorgullecía que me vieran con él. Era en verdad un tipo excelente en numerosos aspectos; podría haber caído en manos mucho peores.